



Armando Trasviña Taylor

UNA ISLA SIN MAPA

— ¡Heeey! ... ¡Juanchoooo! ... ¡Heeey! ...

Húmeda la noche, tiritando los relojes al filo de las tres de la mañana, habíamos llegado a una isla pequeñísima. El cielo raso, salpicado de estrellas, como estalactitas heladas, depositaba su frío hasta los huesos. Despertamos al llamado de la costa. La embarcación había cortado el motor a unos 300 metros de la orilla y lanzado al fondo las cadenas con un hato de hierros en calidad de ancla.

— ¡Juanchoooo! ...

Volvió el grito largo a cortar el silencio de la noche, mientras Aníbal, con el esqueleto entumecido, salía de su "dormitorio" —la bodega de "La Secretaria"— reptando por la cubierta, soñoliento, sorteando el riesgo de caer por la borda a las nocturnas aguas. Todo esto lo alcancé a percibir, con la claridad necesaria y a pesar del desvelo, desde mi "recámara", entendida por tal una canoa de tres metros que iba atravesada al filo de la popa, donde, con mayor comodidad que el resto de la tripulación y el pasaje —cuatro en total— había podido conciliar el sueño, enfundado en una bolsa de campaña —sleeping bag— y arrullado por el suave cintilar de las estrellas sobre el azul oscuro del firmamento. Sin embargo, el encrespamiento de algunas olas, al pasar el Canal de San Lorenzo, había enfriado la cobertura y las asentaderas sufrían un invierno inesperado.

—Ya han despertado.

Alcancé a oír la voz de Licho, el capitán, y pude advertir en la mole oscura de la pequeña isla una lucecilla, al tiempo que llegaba el eco de un grito, familiar al requerimiento del barco. En el estiramiento de brazos y piernas dentro de la bolsa con cierre automático hasta el cuello y capucha de algodón, comencé a perder la posición de ángulo obtuso, obligado por los asientos interiores de la canoa que me sirvieron de almohada y piesera. En el brasero hervía el café y me impulsó a levantarme de un salto.

"La Secretaria", una pequeña embarcación de 7 toneladas, acostumbrada a cargar siempre de ocho a diez en la bodega y sobre cubierta, hasta hundir temerariamente la línea de flotación del casco, realiza por obra de milagro el servicio de comunicación entre una docena de comunidades pesqueras por el litoral del Golfo de California, desde La Paz hasta Agua Verde, 167 kilómetros de costa, cuando los vientos permiten la navegación en el término normal de 24 horas y en forma obligada tres por mes. Vale decir "obligada" para Licho, capitán y dueño de la nave, por la necesidad de surtir de víveres a todos los pueblos de pescadores, pendientes de su arribo. Y no es Licho precisamente un mercader de la costa.

Comenzó a llegar de la isla una canoa y más atrás otra "a la singa" —batiendo en popa el remo engarzado a la "chumacera" o lazo de cabo— hasta aparearse al casco de la nuestra.

— ¡Buenos días!

— ¡Buenos días!

— ¿Qué tal, Licho?

— Bien, Cuevas.

El diálogo se había establecido entre dos sombras, sólo conocidas para la percepción familiar de unos y otros. Aníbal y yo, enfundados en chamarras, tomábamos sorbo a sorbo la taza de café, especie de panacea para el frío, el sueño, el hambre y otras reliquias, observando los bultos que manejaban hábilmente las canoas sobre una mar tranquila de madrugada.

Bajaron un tanque de petróleo y algunos sacos de provisión. Se llenaron las canoas y se fueron.

—Hasta luego, Licho.

—Nos vemos pasado mañana, Cuevas.

Vuelta el ronroneo del motor sobre la popa hundida del esquife y la brizna líquida de la espuma que asimilaba nuestras ropas, rumbo a Nopoló, un paraje en tierra firme. Atrás quedaba el islote misterioso, envuelto entre la penumbra del amanecer, como un pequeño, muy pequeño cerro emergido del mar.

— ¿Cómo se llama ese lugar, Licho?

— "El Pardito."

— ¿Y ahí vive gente o es un paraje?

— No. Ahí viven Juanchos y su familia.

Llegamos a Nopoló. Nueva entrega de mercancía; encargos, cartas para la familia, regalos y saludos de los amigos. Media hora en la descarga a las canoas, ancladas, por los bajos de la orilla, a distancia de ella. Así siguieron otros puntos, puertos de vida para dos, tres o cinco familias: San Evaristo, Los Burros, Los Dolores, San Carlos, Tembabichi, Santa Martha... hasta Agua Verde, lugar donde hay más de 150 habitantes, sitio de nuestro destino donde, por encargo oficial, dejamos víveres, materiales y medicamentos para las familias damnificadas que sufrieron pérdidas a consecuencia del reciente ciclón que atravesó arrasando, sobre sus cabezas, rumbo a las costas de Sinaloa.

Luego, el regreso, tocando de nuevo los mismos lugares en primitiva transacción de trueque. El valor de los víveres es reintegrado en su valor estimativo por sacos de sal, pescado seco, latas de hígado de tiburón, caguamas y otras especies que, más tarde, Licho habrá de poner en circulación en el mercado de La Paz, su centro de operaciones.

La última estancia de retorno era "El Pardito", el islote, casi arrecife frente a la isla de San José, entre un grupo de promontorios, unos más grandes, otros más pequeños, cargados de aridez y desprovistos de agua y población alguna, todos ellos enclavados en la enorme boca que forma la Bahía de La Paz, a nueve horas de travesía al paso de "La Secretaria".

(Cuando Licho compró su barca pertenecía a la Secretaría de Marina y sólo tuvo que rasparle dos palabras al maderamen de



proa y dejarle el nombre que actualmente tiene, con la acentuación que el sentido común le impuso.)

Serían las diez u once de la mañana cuando anclamos de nuevo frente a "El Pardito". Ahora todo se veía claro: sobre planos ganados al cerro y en tres niveles diferentes hallábanse las casas de madera, con sendos tejados al frente, a manera de pórticos, donde se suele disfrutar los veranos cuando el aire tibio de mediodía sopla o el sol aplasta su bochorno. Sobre el techo "de dos aguas" —hojas de palma sobre tijeras de madera, formando ángulo sobre las paredes laterales— se alzan vestigios de civilización: antenas para radio. A un lado del caserío, la enramada donde guarecen a la sombra los trabajos de salazón sobre largas mesas, el fileteo del pescado, las latas de hígado o las tortugas marinas o "caguamas", como mejor se conocen por el rumbo.

—¿Van a bajar? —preguntó Licho, a quien la continua brega no le denuncia aún el peso de los 50 años.

—¿Será necesario? —inquirimos a media voz.

—Esta gente —enfaticó— considera un gran honor cualquier visita. Tienen ganas de platicar. Fuera de mí o los que viajan conmigo, nadie más llega por aquí.

Tres canoas "a la singa" comenzaron a arrimarse al bote, una al frente con Juancho, las otras dos que la seguían a respetuosa cercanía, movidas con pasmosa maestría por dos muchachos de apenas ocho o nueve años.

—¿Conque éste es Juancho? —pensé para mis adentros.

—Bajen a tomar 'un café. Buenos días. —Dijo, atracando la canoa a estribor. Fuimos presentados como enviados por el gobierno para surtir de víveres a los pueblos que dañó el ciclón. A Juancho se le iluminó la cara y mostró grandes deseos de que visitáramos su casa.

Abordamos para llegar hasta el islote. Se disculpó de inmediato por no habernos recibido la madrugada anterior, por ciertas gripas. Era un hombre de 70 años, bajo de estatura, pero fornido, de músculos recios y pellejo apergaminado, cabellos escasos y entrecanos, con una complexión robusta que denotaba extraordinaria vitalidad. Sus ojillos se movían con viveza y hablaba con locuacidad y perfecta coherencia. Parecía feliz.

—¿Y qué es lo que pescan? —pregunté al hilo de la plática.

—Sólo tiburones. Aquí todos somos tiburoneros. También caguamas cuando hay manera de mandarlas a La Paz. Lo demás es sólo para el consumo.

En efecto, al bajar de la canoa a tierra, un grupo descarnaba escualos de varios tamaños y colores. Sobrecogidos por la sorpresa, debimos parecerles simpáticos.

—Buenos días.

—Buenos días. —Replicaron en coro—.

Nos llevaron hasta el pórtico techado de la casa y Juancho nos ofreció sus sillas.

—¡Vieja, tráenos café. Llegó Licho con dos señores del gobierno.

Llegaron a saludarnos la señora, los hijos, las hijas, los maridos y esposas de los hijos, los nietos y hasta los sobrinos que vivían con ellos. Con ojos perplejos, ávidos de gente, observaban nuestros más leves movimientos y sonreían a la más ligera insinuación. Rostros trigüeños, tostados por el sol y los vientos del mar, contrastaban con las lunas risueñas de los niños, de cabellos rubios por el continuo contacto con la salinidad de las aguas.

La curiosidad nos llevó a una serie de interrogaciones que fermentaron la conversación de conspicuas y extraordinarias respuestas.

—Aquí vivimos bien, amigo —aclaró Juancho— los hijos aquí han nacido, la madre les enseña a creer en Dios y los hombres les hemos enseñado a leer. Ellos saben que el trabajo es la mejor fortuna, porque sabiendo trabajar nunca tendrán problemas. Juan, el más grande sabe navegar y conoce hasta Estados Unidos.

—Sí —secundó vivazmente Juan, de unos 40 años, de aspecto atlético—, llevamos un yate de unos americanos hasta Long Beach y nos despacharon en avión. Después conocí hasta el Panamá embarcado en una flotilla de barcos pesqueros. Ahora aquí estamos con los viejos enseñando a trabajar a la familia. . .

—Una de las cosas —carraspeó Juancho— que les hemos inculcado, es que, si son hombres, que sean hombres, y sin son mujeres,

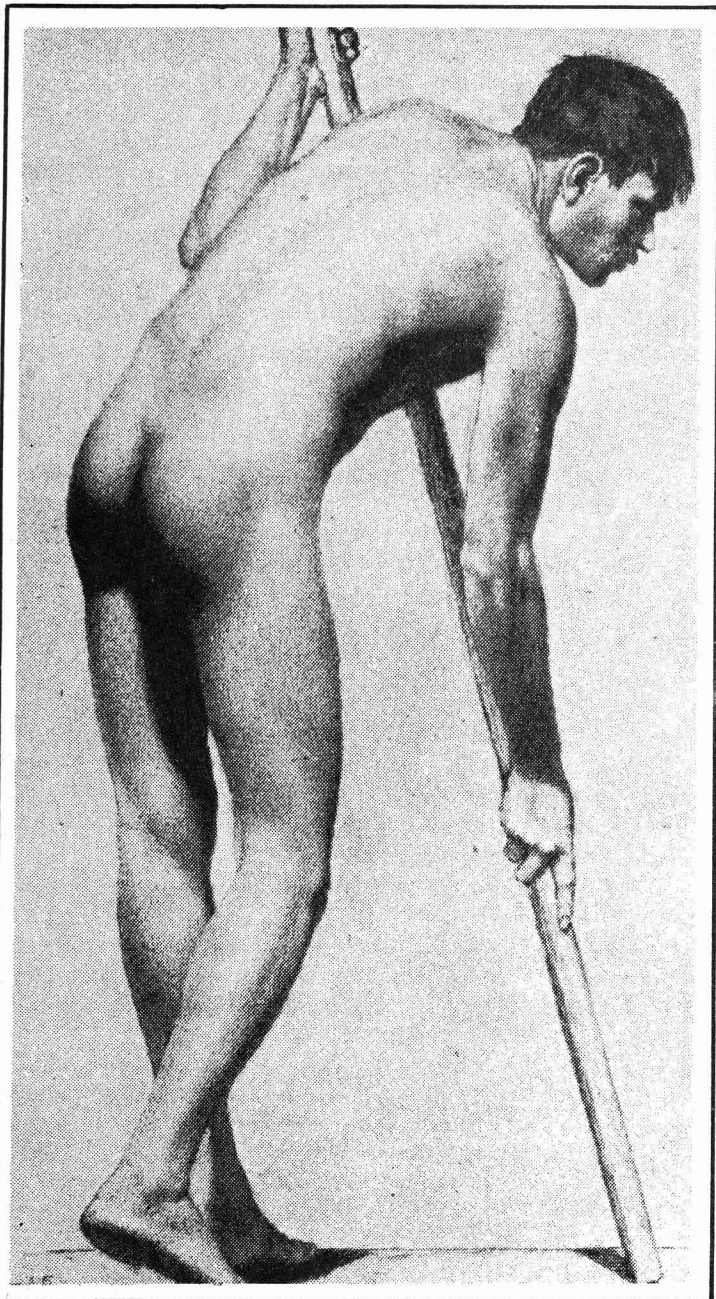
pues que sean mujeres. No saben engañar a nadie y la mentira sólo la conocen en los demás.

Juan, haciendo gala de un autodidactismo del cual debía sentirse satisfecho, hizo comentarios de gran actualidad y opinó acerca de los viajes espaciales, la pugna entre los rusos y los "gringos", la serie mundial de beisbol, la política a la mexicana y hasta los dimes y diretes de La Paz.

—¿Y... cómo es que están tan enterados? —reclamamos con sorpresa.

Levantó el índice hacia el cielo y aclaró riendo:

—La radio. Es nuestro único contacto con el mundo.



Siguió la plática a tono de entrevista hasta agotar las dudas, entre taza y taza de café, con momentos de asombro y de resistente credulidad.

Pero, en fin, la vida de 40 gentes estaba ahí y transcurría en medio de la soledad del islote y el peligro del mar circundante.

Nos levantamos para dirigirnos hacia la cabaña donde se cumplía con la salazón del pescado y el envase del hígado de tiburón. Niños y jóvenes de la familia se encargaban de la tarea, mientras otros se hallaban en la pesca. Al encaminarnos se acercó Juancho y, con cierta cautela, dijo:

—Cuando llegamos a establecernos por primera vez aquí, hace más de 20 años, mi mujer y yo nos preocupamos por los hijos, pero hijos hombres, que pudieran sostener el trabajo. Pensamos desde entonces en el futuro y sólo me dio dos varones, dos hijas, y luego "la máquina se descompuso". Me llevé a las hijas a La Paz y allá se casaron y me traje a los yernos para ayudar a la tarea. Aquéllos son.

—Pero —siguió con sorna— vea el islote de enfrente... le decimos "San Francisquito".

Era mayor que "El Pardito". En esa dirección se avistaba el remar de una canoa.

—Yo le dije a mi "vieja" que necesitábamos más hombres porque no iba a durar lo suficiente y... ahí está la Rosa. Mi mujer comprendió. Fui por ella a La Paz. Le hice su casa. Me dio tres hijos hombres que trabajan conmigo y vivimos todos contentos.

Volví la vista con estupefacción hacia el islote donde estaba el otro hogar, al mismo tiempo que me percaté de la proximidad de la canoa que se acercaba a la orilla.

Mudos de asombro continuamos el recorrido por las instalaciones de la cabaña, mientras embarcaban los productos para ser llevados por "La Secretaría" a La Paz, sobre el arreglo comercial del intercambio.

Licho, especie de misionero laico del Golfo de California, comenzó a despedirse de la familia de Juancho. Nosotros hicimos otro tanto. En ese momento llegó la canoa. El muchacho del remo la puso sobre la playa. Los de su misma edad lo fueron a recibir.

Juancho que se percató de aquello, se dirigió a él con voz estentórea:

—¿Qué pasa? ¡Cuevas!

El jovenzuelo, de unos doce años, se acercó al grupo y con una candorosa sonrisa le entregó a Juancho un envoltorio:

—Papá, mi mamá Rosa les manda convidar esta "tatema".*

* El relato consigna una situación anecdótica real —y en cierta forma típica— de la vida en las apenas habitadas islas cercanas a la bahía de La Paz, en Baja California.